

CARO BAROJA, Julio: *Análisis de la Cultura* (Etnología, Historia, Folklore). Barcelona, 1949. [256 págs. + 9 láminas y numerosos grabados y esquemas en el texto].

Este libro, publicado por el Centro de Estudios de Etnología peninsular del C. S. I. C., plantea una serie compleja de los problemas que venimos llamando «hechos culturales». Vaya ante todo mi acuerdo con el señor C. B. en el tratamiento de las cuestiones. Era hora de considerar la «Cultura» como hecho fundamental en sí y con motivación problemática y soluciones propias, no como una serie de retazos mal zurcidos de cosas que remotamente pueden tener apariencia científica. Naturalmente, Historia de la Cultura será la consideración diacrónica de hechos culturales; el primer vagido —fundamental y esencial para la vida misma— es lo que el señor C. B. recoge en este libro.

La obra consta de tres partes: Etnología genealógica y morfológica, Etnología funcional e Historia y Problemas de la Etnología europea y española.

Bajo el primero de estos epígrafes estudia C. B. los orígenes y fundamentos de la Etnología. El primer enunciado declara una sugestiva postura: «Hay que reconocer que el momento actual no es uno de aquellos en que la investigación científica puede llegar a adquirir cierto prestigio popular. Estamos más bien en una fase de análisis que de síntesis y hemos echado a rodar bastantes de las ideas que la mayoría consideraba como intangibles hace aun no mucho» (p. 15). Con estos y otros presupuestos semejantes no es raro que el autor nos sorprenda con un libro original. Y original en su misma intención de aclarar, iluminar, interpretar y deducir temas y cuestiones. A vueltas de barajar todo lo humano con lo divino estamos en un bizantinismo estéril: barroco y judíos y contrarreforma y clasicismos y retóricas a todo pasto nos han hecho olvidar al

hombre y es difícil encontrarlo y más difícil todavía sorprender su angustia por serlo cada día —humildemente— un poco más. Esto nos trae —¡por fin!— Julio Caro Baroja. Naturalmente, para llegar hasta el momento germinal hace falta limpiar el camino de posturas escolares no siempre filosóficas y remontar el curso, largo ya, de la Historia (Tylor y su teoría de los niveles religiosos como índices de adelanto o atraso cultural; Bachofen y Morgan con el descubrimiento del matriarcado; Oswald y Pearson con las leyes matemáticas de la Historia; Poincaré con su teoría de la generalización. A partir de este punto hubo que buscar otros caminos: la reacción—Hahn, Grosse—se impuso y abocamos en la escuela histórico-cultural de Ratzel). Se fija C. B. en Ratzel y sus discípulos Frobenius, Graebner y Schmidt y describe minuciosamente cada uno de los ciclos culturales que esos investigadores fijaron (central, austral, del bumerang, matriarcal agrícola, patriarcal totemista de cazadores, patriarcal de pastores nómadas, totémico-matriarcal, de pastores y agricultores, totemista pastoril y totemista matriarcal pastoril [Schmidt]). Aparte la escuela histórico-cultural, analiza C. B. otros sistemas etnológicos (escuela americana de Boas, inglesa de Smith y estadístico de Kroeber). Por su parte, el autor somete al personal objeto de crítica cada una de estas posturas y llega a las conclusiones de que en todo hecho humano hay —en primer lugar— una suma de actos de espíritu, no exclusivamente materiales. Esto no quiere decir que C. B. sea un idealista sin crítica: hace falta un severo rigor para no caer en especulaciones vagas o imprecisiones descriptivas.

En la segunda parte (Etnología funcional e historia), C. B. estudia las doctrinas de los «funcionalistas» (Radcliffe-Brown y B. Malinowski): para estos investigadores, lo principal es hacer un estudio del estado actual de un pueblo y analizar cada una de las funciones sociales, casi como se haría en las ciencias biológicas. Es decir, resolver estos tres problemas: ¿Cuántas clases de estructuras sociales hay?, ¿cómo funcionan?, ¿cómo surgen? Otro capítulo se dedica al método sociológico y la historia: para el autor, la masa es la expresión del hecho social; «es decir, que aparecen masas en el mundo cuando los hombres empiezan a poseer una idea bastante aproximada del poder coercitivo que en sí misma tiene la sociedad, no considerada en ninguna de las formas clásicas y definidas que tradicionalmente ha tenido» (págs. 104-105). Al llegar a este punto, C. B. señala los errores de cada una de las escuelas anteriores: la etnológica-uniformista, impregnada de preocupaciones comparativas y tipológicas; la histórico-cultural, falta de análisis histórico-sociales; la difusionista, incapaz de interpretar la irregularidad de ciertos hechos. Al cabo de esta crítica acepta la postura de Durkheim y el procedimiento sintético que emplea en sus investigaciones. Una vez aquí, C. B. intenta aplicar a varios ejemplos concretos el fruto de sus estudios.

En la tercera parte interpreta el pasado de Europa según distin-

#### BIBLIOGRAFIA

tos criterios: el de los etnólogos evolucionistas, del método histórico-cultural, de los métodos lingüísticos y de otros procedimientos menos concretos; estudia el folklore sincrónicamente (aplicando con fecundidad el método saussureano de la lingüística) con la doble problemática que plantea (necesidad de descripciones detalladas de distintas formas de vida en distintas épocas y comparación de estas descripciones), resuelta en unos casos concretos por claros y precisos esquemas (del latifundio andaluz y de la explotación familiar vasca); se fija en la diacronía folklórica (pienso, p. e., en el caso insigne del romancero) y su aplicación a casos concretos (bramaderas o zum-baderas, vasijas de madera, arados, yugos, carro chirrión, fiestas populares, etc.) e investiga las formas y orígenes de la estructura social (relación entre actividad económica y función social de la mujer; agrupación en sociedades; creencias en torno a los momentos capitales de la vida del hombre). El libro se cierra con un capítulo sobre las actividades del espíritu: mitología popular (lamias, ciclopes, Psiquis, relaciones de la hagiografía con mitos precristianos), arte popular y vestuario.

MANUEL ALVAR

*Universidad de Granada.*

LÓPEZ SANTOS, Dr. D. Luis: *Influjo de la vida cristiana en los nombres de pueblos españoles*. C. S. I. C., «Centro de Estudios e Investigación de San Isidoro», León. Imp. Católica, 1952, León.

La ingente labor que el señor López Santos se ha impuesto para redactar este estudio, primero sistemático en la materia entre nosotros, deja, después de la actual aportación, ancho campo para explorar todavía y es de esperar que sea el mismo autor quien prosiga adelante con su ya probada maestría. Consta el libro de dos partes: la primera dedicada a la hagiotoponimia peninsular y la segunda a los santos titulares de la diócesis de León. Un completísimo juego de índices facilita la mejor consulta y manejo de los materiales.

La primera parte empieza con el planteamiento de tema y propuesta de método. Con razón indica el autor—y lo prueba llegado el caso—que en la hagiotoponimia, tanto de nombres propios como reales o apelativos, concurren no sólo elementos lingüísticos, sino también históricos, especialmente hagiográficos. La conjunción de todos estos criterios y el apoyo mutuo en la interpretación de los datos respectivos, aseguran el más fecundo resultado. Ciertamente,

bién, que la hagiotoponimia ha sido la Cenicienta de la lingüística, y parte el doctor López de los estudios de Piel, singularmente de *Os nomes dos Santos tradicionais Hispanicos na toponimia peninsular*, Coimbra, 1950, completando las conclusiones del portugués y con divergencias de concepto, método, orientación y contenido. Por otra parte, la bibliografía utilizada es completa y de calidad innegable. Limita el estudio al aspecto lingüístico, salvo que la hagiografía sea necesaria para aclarar algún caso, y no se utilizan textos antiguos si no es en contadas ocasiones por ofrecer éstos formas de interés. Reconoce el autor la necesidad de esta exploración en profundidad cronológica y por ahora se limita a sacar sus materiales del *Diccionario Corográfico de España*, Madrid, 1948 (t. IV, Hagiotoponimia), o del Madoz. En ocasiones ha utilizado las consultas directas en localidades.

La discusión del proceso fonético está discretamente reducida a los casos solos en que hay problemas particulares y se da por supuesto lo que es de dominio común en tal materia. Señalemos el buen acuerdo de mantener un margen de prudente cautela respecto de la fonética pura, fuente de tantos errores. Y cuando es oportuno, se hace uso de la hipótesis razonable. Voluntariamente no se trata la toponimia menor, la desaparecida ni la textual y, con todo, aun queda un abundante caudal léxico, que se agrupa en apelativos, nombres propios y nombres falsos o dudosos. Ocurre en ocasiones que no es segura la interpretación religiosa cristiana, como en *Cillas*, y se indica la doble posibilidad, profana o religiosa, del sentido que tuviera *Cella*. La historia tendría que decir aquí la última palabra. Por lo que hace a *Fanlo*, no parece muy convincente la procedencia propuesta, *F a n u m*, pues no se explica satisfactoriamente la presencia de *-l-*. También habría que tener aquí el apoyo del hecho histórico. Y sólo he anotado las discrepancias, ya que me parece muy atendible el resto de las muchas palabras explicadas. Por primera vez, por ejemplo, se nos da una base satisfactoria para tener por válida la etimología de *Boal* (*Baudiliu*) al aducirse la forma *Baudali*, que figura en los Calendarios de Compostela y en en Silense de París. Como nos convence al dudar y rechazar el proceso Santiago, *Sayago*.

La etimología popular y los cruces con otras formas homófonas con *santo* y *san* complica muchas veces la interpretación y es de alabar el discernimiento que el autor pone en las explicaciones.

Partiendo de los datos lingüísticos se hace una cuidada confrontación con la cronología de los santos primitivos españoles, según los estudios de Dom Ferotin y Vives. En las conclusiones (págs. 128 y 129) se establece el resultado de coincidencias y divergencias, dando a la hagiotoponimia el valor de índice que le corresponde como dato subsidiario o supletorio de la hagiografía y de la investigación histórica.

La segunda parte trata y recoge los nombres de los santos-titulares de las iglesias leonesas, confrontando el estado actual con el

BIBLIOGRAFIA

medieval, que ha podido seguir detalladamente en el *Bezerro de presentaciones de curatos y beneficios*, Cod. núm. 13 del Archivo de la Catedral de León, manuscrito en pergamino. La conclusión más importante parece la de que «en el siglo XIII los pueblos continuaban firmemente aferrados a un santoral visigodo, íntegra y puramente tradicional».

FRANCISCO YNDURAIN